

RELIEVE MORAL

DEL

Candidato Presidencial Conservador
Sr. Dr. Dn. Rafael María Arízaga

SEGUN SU MANIFIESTO A LA NACION.

*Hecho por el Sr. Dr. Dn. Rafael María Arízaga
y el Sr. Dr. Dn. Miguel Ortega Alcocer.*

CUENCA - ECUADOR

Noviembre de 1915

REIMPRESO EN QUITO
Imprenta de "El Quiteño Libre"

RELIEVE MORAL

DEL

Candidato Presidencial Conservador

Sr. Dr. Dn. Rafael María Arízaga

SEGUN SU MANIFIESTO A LA NACION

«Et omnium excellentium et humilium corda virtute calcavi: et in his omnibus requiem quæsi, et in hæreditate Domini morabor.» El Eclesiástico, cap. XXIV, v. II.

Pisé con mi poder los corazones de los grandes y de los pequeños: y en todos éstos busqué reposo y en la heredad del Señor moraré.

I

Tristes pensamientos, dolor profundo, amarga pena, se apoderan del alma; en presencia, de la sentida queja que arranca al Dios Omnipotente la ingratitude de sus criaturas; en vista, del inesplicable menosprecio del amor divino, con que ofende a su Criador el mesquino corazón

del hombre. Llegando al incomprensible extremo, en su desapiadada ofensa; de obligar a la Misericordia Infinita; «pisar con su poder» los corazones—de los reyes y de los vasallos—de los monarcas y de los súbditos—de los presidentes y de los ciudadanos: «de los grandes y de los pequeños.»

II

Con incesante afán buscó el Omnipotente, tener sus divinas delicias entre estos ingratos, desconocidos corazones. Y, ¿quién, persuadirse jamás pudiera?: le fue negado el anhelado reposo que su amor afanaba. Por esto: pisó con su omnipotencia los menguados corazones de grandes y pequeños: que tan sólo, lo terrenal, pasajero, y caduco, con delirante afán persiguen. Infelices: persiguen, locamente, vana sombra; que, al tiempo mismo de alcanzarla; ifugaz desaparece! Indudable es.

Entre los corazones despreciadores del amor divino, se comprenden; ya, los grandes—de los presidentes de repúblicas opulentas, poderosas, florecientes; ya, los pequeños—de las pobres y abatidas, incipientes, naciones, como la Ecuatoriana. Se comprenden, los orgullosos, altaneros corazones, súbditos de las grandes repúblicas; como los pequeños—de los desvalidos estados, cual el nuestro.

III

¿A quién, han menospreciado; a quién, han negado el reposo de su tierno y dulce amor, estos corazones, ya grandes, ya pequeños? Al Dios Eterno, al Dios Fuerte, que hoy mismo, en el día, con su furor conmovida tiene toda la

Tierra. Allá: al grandioso, ilustrado mundo; aquí, al diminuto Ecuador: ¿Cuál la causa? Pues, en uno y otro, reposo no encontró. ¿En dónde, en qué corazones hallar acogida puede, allá, este Dios enloquecido de amor al hombre? Aquí, en esta Nación: ¿en dónde, en qué corazones reposará?

IV

No es dado, en verdad, al ser contingente, que hoy existe, y puede mañana dejar de existir; no es dado, a la pequeñez de la miserable criatura, el hombre, que entre penas, dolor y amargura, su corta vida arrastra; no es dado, impugnemente, violar las leyes que armonizan el mundo físico, y el mundo moral. Pues que: el Legislador, que con sabiduría infinita las dictó; con su absoluto poder, con su Omnipotencia, las sostiene, y dice: a otro mi gloria no la daré—alteri non dabo.

Por esto. Levantando el tupido velo, que se para los primitivos siglos. Allá: muy en lontananza, se vé. Esa turba-multa de pueblos, que soberbiamente, dirigiendo su mirada al firmamento; ser tan poderosos como Dios; pretendieron; y, negáronle el reposo que con nunca interrumpido afán en ellos buscó.

En aterradora y criminal gritería: levantemos, dijeron, un singular y nunca visto monumento; que a los siglos atestigüe, la libertad, inteligencia, y poderío del hombre. Levantemos una torre, que al firmamento magestuosa se eleve. Así: tan sólo nuestros corazones—en nuestra propia libertad, en nuestro inmenso poderío—tranquilos reposen!

El Dios Eterno: a estos impíos, *con su poder pisó*; y, los dispersos escombros de la torre de Babel, perpetuo monumento son de la peque-

ñez y miseria humana. Allá están, confundidos en la aterradora soledad de los bosques; allá están, cubiertos de mortíferos pantanos. Desde entonces, allá están pregonando al Orbe el irresistible poder divino; pregonando, que su ley eterna—*sujeción, amor y gloria*—no impugnantemente, la criatura viola.

V

La impía locura del corazón humano, en todos tiempos, edades, generaciones, siglos, que fueron; jamás nunca ha dejado de existir, más o menos remarcada, en los tiempos posteriores del mundo. Así:

Embriagado de soberbia el siglo XX, en tiempo no lejano, con sus asombrosos, estupendos, prodigios en las ciencias físicas. Convocó, a sus monarcas, emperadores, reyes y presidentes; a que, con sus leyes, de saber humano, rigieran y gobernaran, el Orbe. Dios, en el inaccesible soleo de su grandeza infinita, escuchó la universal convocatoria, y: ¡calló!... «*tacuit.*»

Para las deliberaciones del saber humano: la riqueza de todas las naciones del Orbe, construyó el opulento y suntuoso palacio de «La Haya.» La ciencia, reflejados tiene en él los novísimos progresos del día, ya en arquitectura, gusto, lujo, ya en suntuosidad. Monumento de la grandeza y vanidad del hombre; casi, casi, tan imponente y perdurable como la torre de Babel. En los insondables, profundos, secretos de la eternidad; Dios, mirada fija puso en la imponente obra de la riqueza y sabiduría del hombre; contempló la delirante soberbia de sus criaturas, y: ¡calló!... «*tacuit.*»

De los términos de la tierra; concurren los Legisladores a La Haya, y, los congresos univer-

unos, periódicamente unos, a otros, se suceden. ¿Qué discuten, qué deliberan, qué sancionan? Leyes, que regimentan y gobiernan, el Orbe de las naciones en el siglo XX. ¡Ah, prepotente, desvalida sabiduría humana!! ¿Concorre, acaso, a estos congresos mundiales, el único verdaderamente Sabio del siglo, el genuino depositario de las tradiciones de la Humanidad, el Cautivo del Vaticano? ¡Qué va a concurrir!: si el relumbrante esplendor de su inspirada sabiduría, y la grandeza de su poder, Soberano; oscurecidos tienen los muros de su injusto cautiverio! ¡Qué va a concurrir!: si la potestad terrenal, dicta leyes al Orbe, usurpando el poder de Dios, y de Jesucristo—*Rey de Reyes* Supremo Señor—del mundo. Cuando el hombre, llegó a estas locuras.

VI

El divino silencio se interrumpió. El Dios Eterno—Supremo Rey—de todos los siglos, habló. Mi gloria, ¡no la daré al hombre! ¡Con vara de hierro le haré comprender!: que las leyes—de mi orden Moral—así como las del Físico, ¡impugnemente, mis criaturas no las quebrantarán jamás! Me han negado el reposo en su corazón. ¡Yo: quebrantaré su soberbia!! Yo ¡Trituraré su grandeza!! ¡Yo!! ¡pisaré «con mi poder los corazones de los grandes, y de los pequeños»!!

Desaparecerá la tierra—desaparecerán los siglos—desaparecerán los ciclos—desaparecerá el universo. De la palabra divina—*ni una tilde faltará*—por esto. Derramando su cólera, su indignación: *con vara de hierro* castiga a las naciones del siglo XX; *con vara de hierro castiga* a sus Reyes y vasallos. ¡Ay, Dios y

Señor mío!!... Entumecida queda el alma, por el dolor; muerto queda el corazón en lo recóndito del pecho: ¡¡ «Con vara de hierro»!!... Y.

—Vara de hierro: en los aires—zepelines repletos de ametralladoras que, miles de rebeldes victiman. Vara de hierro: en la tierra—monstruosos cañones, arrasadores, de ciudades, campos, bosques, ejércitos. Vara de hierro: sobre las embravecidas olas de los océanos—gigantescos cruceros, cargados de monstruosos, terribles cañones que, instantáneamente, sepultan ingentes riquezas, y *millares* de navegantes, en la profunda sima de los mares. Vara de hierro: bajo las inmesas moles de las aguas—submarinos, cargados de torpedos y más instrumentos de mantanza, que no, solamente, naves y guerreros bajo las aguas sepultan: sino que, instantáneamente, en el abismo de la eternidad, las almas sumergen. ¡¡Pobres almas!!... ¡¡derrepente!!... ¡¡en presencia del Supremo Juez—Rey de vivos y muertos!!... Y: todo a la vez.

En todas partes del mando: la cólera divina, hoy, en este momento mismo, en que, el supremo dolor embarga el alma, y, muy apenas, es dado a la mente concebir estas ideas. En este momento mismo, por su rebelión, «tritura y pulveriza al hombre.» cual si «fuera vaso de tierra, obra de alfarero.» Y: ¿hasta cuándo —¡Dios Inmenso, Bondad Infinita!—la Vara de hierro, azotará a tus criaturas, obras de tu poderosa diestra?... ¡Impenetrable misterio!!...

VII

Los grandes y pequeños del presente siglo: con su refinada incredulidad, horripilantes blasfemias, no sólo han arrojado de su inteligencia; si que también, endurecidamente, han cerrado

los corazones al Divino Amor. Y: con instrumentos, forjados por la moderna ciencia, han destruído, pulverizado, los templos—morada del Verbo Eterno—*Jesús Sacramentado*. Con diabólico furor, y, entre infernales carcajadas han ultrajado, pisoteado, la Hostia Santa. Todo esto, han hecho.

La impía, atea, Francia—la pagana Turquía la cismática Rusia—la protestante Inglaterra la guerrera, potentosa, Alemania—Austria, la menos culpable—siendo Italia; encarceladora del Romano Pontífice, la más criminal, al respecto. Así, de las otras naciones beligerantes.

Jesús Sacramentado: enloquece la Vara de hierro— *en desagravio de los ultrajes recibidos*. ¿Hasta cuándo? ¡Misterio!! Inter tanto.

VIII

Los días, meses y años, del opulento y potentado siglo—de la torre de Babel—veloces transcurrieron. No existen, hoy, sino como un recuerdo histórico tan sólo.

Su monumento de soberbia: reducido a escombros, ¡del mundo desapareció! El bramido de las fieras, el aterrador silbido de las serpientes, el lúgubre canto de las aves nocturnas tan sólo; interrumpen el profundo silencio de las malezas y bosques, do yacen esos maldecidos restos. Restos que: han pregonado siempre, en el transcurso de los siglos corridos, la Omnipotencia del Dios Eterno. Inter tanto.

¿Qué es?—¿en qué para?—qué se ha hecho?: el gran aparato y altanera concurrencia, de emperadores, reyes, presidentes, en el opulento palacio de El Haya. ¿Siguen, por ventura, sancionando leyes al Universo todo? Legisladores y legislados: triturándose están en

horripilantes campos de batalla; pues que, la vara de hierro, sin un instante siquiera de tregua, con inaudito furor les persigue, barriéndoles, como a vil polvo, del haz de la tierra. Y, ¿El Haya?

Este grandioso monumento de soberbia, en el presente siglo. Es verdad, que aun todavía, de pie se conserva; justificando sí, la indignación del Divino Rey—Jesucristo Sacramentado. Pero: es verdad también, que: mientras tanto, a los impíos, grandes y pequeños, desencadenados vientos, entre olcajes, de polvo, fuego y sangre, a la *eternidad los arroja*. El Haya:

Allí se está: abandonado, solitario, triste; sin que, a su dolor acompañe, otra voz, otro eco, que el lúgubre desconcierto de las aves nocturnas, que. En sentidas notas, sin cesar pregonan la justicia vengadora del Rey Supremo, por los ultrajes, pacientemente sufridos—en su Sacramento de incomprensible amor—la Hostia Santa. En este suntuoso, desierto, monumento.

IX

La riqueza ecuatoriana, proporcionalmente a su pequeñez, tiene parte. La inteligencia ecuatoriana, impíamente, ha legislado también al Universo todo, en unísona armonía con la de los grandes y pequeños que, hoy, sin reposo los tritura la cólera divina, allá en el viejo mundo. La vara de hierro, acaso por ventura, ¿olvidado tiene al Ecuador?

Incendios—pestes—hambre—ciudades y pueblos destruídos—asolados campos—campos de guerra y sangre: ¿qué dicen?

Presidente—Generales—arrastrados por las calles y plazas públicas de las más populósas ciudades ecuatorianas: ¿qué dicen?

Revolución permanente, por dos años muy poco menos: ¿qué dice? . . .

Machete de Lastre que—entre bosques, ríos y quebradas de los montes, sin piedad ha decapitado a sus hermanos: ¿qué dice?

Elecciones presidenciales que, con sangre inauguradas están; y, a dirimirlas con sangre también, el conservatismo no trepida; antes bien, resistir con insuperable empuje al contrario bando—y, anegar en sangre las urnas, pregonado lo tiene: ¿qué dicen?

Cerrar los ojos, es necesario; despojar a la inteligencia de su razón, necesario también. Para no ver, y desconocer la Vara de Hierro que, sin piedad al Ecuador azota. El sueño de los muertos es necesario, para no sentir: que la indignación divina, no olvida a los ecuatorianos, porque, despedazado tienen el suave yugo del Rey Supremo—Jesucristo. A la espalda tienen su santa doctrina; y al pecho, estrechando con amor la *revolución*, y, el derramamiento de sangre; hoy, con el *frívolo pretexto de elecciones*. Por esto, dice Dios: «pisé con mi poder los corazones de los grandes y de los pequeños»—ecuatorianos—

X

El recuerdo de los que, en la ira del Señor, han dejado de existir, ya grandes, ya pequeños—sagrado debe de ser. Que sus oídos, únicamente, escuchen la fervorosa plegaria, que, al Eterno elevan sus hermanos, aquí en la tierra, en demanda de compasivo perdón. ¡Pasaron del escenario del mundo!El político bullicio de este, a ellos ajeno tiene de ser. Interrumpir su misteriosaeternidad: ¡sobremañera criminal sacrilegio sería!!

Sus trágicas, desastradas muertes, son por cierto, no otra cosa que. La concentrada, negra sombra, puesta por la mano misma de Dios: para que resalte y brille *su eterno poderío*— en el desaliñado cuadro de los desórdenes cuatorianos. Para que, *los vivos recuerden*: que la diestra del Altísimo, rige y gobierna las naciones, y, juntamente con éstas: pisa con su poder «los corazones de los grandes y de los pequeños». Para que, *en todo tiempo*: los recuerdos lúgubres del pasado; ialeccionen lo presente!! Vamos a este: que muy tenebroso se muestra.

XI

Suena, en el ámbito de la República, aterrantemente bramido de enfurecido mar, y; todo corazón, estremecido de espanto está. Los vientos, por todas partes, arrastran nauseabundo olor de sangre, que, a todo corazón asfixia. Y: ya ya, ¡de cerca la tormenta amenaza! ¿Qué tormenta es esta, que a la Patria tan mortalmente oprime?

XII

El—«Manifiesto—a la—Nación». Del Señor Doctor Don Rafael María Arízaga—candidato conservador presidencial. Este documento, entraña, y, concebida lleva en su seno, la sangre y fuego, de azoladora catástrofe.

Es permitido, no hay duda, al hombre más pequeño: levantar su mirada al cielo; penetrar con su inteligencia al trono del Altísimo; y buscar allí—la verdad, que a la razón ilustre—la bondad, que sacie al corazón. Por tanto; permitido será también pues, al ínfimo ciudadano; poner su mirada en el «Manifiesto» dicho; y buscar en él, la verdad y la bondad, que ador-

man el corazón del—hombre grande—del conservatismo: en pro tan sólo—de la paz—en esta turbulenta, y, tan desventurada Nación.

XIII

El conservatismo ecuatoriano: legítimo heredero de las grandes virtudes, y, de las sobrepujantes faltas políticas de García Moreno. Es, verdaderamente grande en la República, casi, a todo ciudadano comprende. Verdadera inspiración poética—ciencias civiles y guerreras—artes liberales, &; hacen de este partido, un poderoso foco de luz, de ciencias humanas; ciencia y luz que, irradian la República toda; ilustrando la inteligencia con la verdad, y perfeccionando las artes liberales, con noble inspiración poética.

El pueblo de este partido: es tan heroicamente resuelto; recibida la consigna, es capaz de, sereno lanzarse a la boca de un monstruoso cañón alemán, ¡sobre el fuego mismo que él dispara!

Este poderoso conservatismo, ha encontrado en su seno, al hombre que: sus tradiciones con esplendor las conserve, con firmeza las defienda, con sabiduría las plantee, y, con firme pulso, las realice. Con tal objeto: candidato *presidencial* exhibe al autor del—«Manifiesto a la Nación». Por esta. Conozcamos el corazón más grande del conservatismo ecuatoriano, en el tercer lustro del siglo veinte.

XIV

Culta, florida, poética, elocución, ciertamente, encubre la fina, intocigada arma que: a primera intención, al primer movimiento de la plumada

en el «Manifiesto»; abre, ancha, profunda, incurable, gangrenosa herida, en el corazón mismo, de su poderoso contrincante—el Liberalismo.

«Escuela política incapaz de engendrar algo más que el despotismo o anarquía; dividida en facciones enfurecidas, que se disputan a sangre y fuego los menudados atributos del poder»: dice.

Esto sólo bastaría: para exhibir—*de relieve*— el corazón grande del hombre grande del conservatismo. ¡¡Qué!! El tino, mesura, prudencia, que deben regular los conceptos, palabras y acciones del primer magistrado en ciernes. ¿Están, acaso, en armonía con el «Manifiesto», dirigido a la Nación; a fin de tranquilizar el exaltado espíritu que a la sociedad divide; y, dejar vislumbrar, siquiera, la futura paz?

Olvida el candidato presidencial: Que veinte años, sin tregua alguna, *él*, juntamente, que el conservatismo todo, por la prensa, a grito herido han denostado al liberalismo, como a su mayor enemigo; combatiéndole con tenaz resistencia en los funestos campos de batalla, sin poder nunca doblegarlo. No ignora: que el tesoro, y más elementos bélicos nacionales, hoy mismo, a discreción, del invencible, poderoso enemigo están. Siendo así, como en efecto lo es.

La recta razón, conciliar no puede; la intempestiva, profunda, herida dicha—con la mesura y seria dignidad de un futuro magistrado: revela, pues, carencia absoluta, *de tino y prudencia*, gubernamentales. ¡Así! más factible sería al conservatismo; contener los impetuosos torrentes de caudaloso río, que de elevada cima, bramando al valle se precipita; antes que la indignación del liberalismo, imprudentemente, a mansalva en su dignidad herido. *De relieve* queda, pues, *la Diplomacia* del Se-

por candidato presidencial; diplomacia, tan alta y honoramente decantada por el conservatismo. Por esto, dice Dios; que la sabiduría—«huiría de lo fingido, y se retirará de pensamientos, que son sin entendimiento». La diplomacia arizagueña: ¡sin entendimiento es!

«¡Acciones enfurecidas, que se disputan a sangre y fuego la posesión de los menguados atributos del poder», dice el «Manifiesto».

Dios santo, ¡esto! , ¡esto! : ¿estampar pudo él, en tiempos anteriores, joven juramentado. . . . ; estampar, sin que la pluma en su mano se deströce, y, en su destrozamiento reduzca a trizas ese «Manifiesto»?

Hasta hoy, silenciosos campos de batalla, hablad: ¡hablad, sin mezcla de falsedad alguno! ¡hablad! , que la Nación toda os escucha. ¿Quién os cubrió de ignominia con la sangre de hermanos? ¿A qué fin, a sangre y fuego, sobre vosotros batalló el joven, antes juramentado, hoy, postulante presidencial? ¿No tuvo, desde el juramento, inamoviblemente fija su mirada en la alta cumbre de la gloria; acariciando siempre—«los menguados atributos del poder»—que hoy, ya hombre grande, fingidamente, desdeñar parece? ¡¡¡Hablad!!!

De relieve queda la grandeza del Señor candidato presidencial conservador; por esto, dice la Divina Sabiduría: «es abominación del Señor el varon astuto y engañoso»—*vir dolosus*. *¡Astuto, engañoso*, es el hombre grande del conservatismo!

«Hermoso despertar del alma nacional al tranquilo ejercicio de la soberanía».

Esto, no pasa de ser, sino, una tierna sentimental poesía. La *abstención* del sufragio popular nacional: errónea, criminalmente, dogma-

tizada fue—*por la supina ignorancia*—del conservatismo lego, en las ciencias sagradas eclesiásticas; conservatismo, *usurpador* de la misión Sacerdotal; a son de poesía, el error dogmatiza.

El sufragio: para el católico—*es un estricto deber de conciencia*; sufragio, *sagrada fuente*, do nace—la gloria que el hombre tiene de tributar a Dios—y, el bien de la comunidad. El católico, impugnemente no puede *abstenerse* del cumplimiento de un deber de conciencia, que tan graves y trascendentales consecuencias entrañan. Por principio general; los deberes, jamás nunca, se pueden renunciar. Por esto: muy criminal es el conservatismo, *que ignorantemente*, ha predicado la abstención general del sufragio popular; por esto, la Sabiduría Infinita, dice al conservatismo lego: «No busques cosas más altas que tú, y no escudriñes cosas más fuertes que tú. *De relieve* queda la ciencia política del Señor postulante presidencial—*cabexa* del círculo, o agrupación, *conservadora axuaya*: que, sin saber la doctrina católica, autoritativamente, predica el Evangelio a las masas populares.

«Intransigencia radical».

¿Qué tiene que ver la tal intransigencia con los deberes del pueblo católico? Este: en la *abstención del sufragio*—servilmente ha obedecido a la predicación conservadora; y, no al radicalismo. Hoy.

El hombre grande del conservatismo; llama—para su gloria—al sufragio popular. El pueblo católico, en obediencia al hombre—*no a Dios*—sufragará; a pesar de las intransigencias radicales. ¡Dios mío!: que no sea—*a sangre y fuego*—como anunciado tiene la prensa conservadora. ¡Dios mío, ten piedad de tu pueblo!

El católico, en el ejercicio del sufragio, presente debe de tener los principios teológicos generales: *no matarás—Dios, no manda lo imposible, manda hacer lo que puedes, y, hace lo que no puedes*; principios, que forman la conciencia práctica, necesaria, para la licitud moral de los actos humanos; principios generales—y, de orden superior, al de sufragar. Respecto a criminalidad y responsabilidad: ¡ay, de los directorios conservadores!! . . . , que ordenaran el sufragio popular a sangre y fuego. La causa *impulsiva, eficiente*; es la más criminal y responsable ante Dios. Sentado lo expuesto.

Antes de su postulación presidencial; el hombre grande del conservatismo, predicó la abstención del sufragio popular. A fin de orlar su frente—con «los menguados atributos del poder»: con poética elocuencia; y ardiente entusiasmo republicano, sin rival, predica, hoy el fiel cumplimiento del mismo sufragio. Muy bien; pero, dignese escuchar: «No te vuelvas a todo viento, ni quieras ir por todo camino: porque así es probado todo pecador en su lengua doble», dice Dios. *De rétiere* queda, pues, la doblez política del postulante conservador presidencial, Sr. Dr. Dn. Rafael María Arízaga. ¿Habría paz en la República con doblez tan criminal?

«Jamás he negado a mi Patria el sacrificio de mi tranquilidad».

El tiempo, en su vertiginosa carrera: se varía, y, se consume; ya que, el instante que pasa no es el mismo que el siguiente. Su instantánea mutabilidad; deja indelebles huellas—en el hombre, pueblos y naciones. El Ecuador de ayer, no es el de hoy.

Los agigantados hombros, del eminente, singular ecuatoriano, García Moreno; impotentes

serían, a soportar el enorme peso de las reformas, que el Ecuador, de hoy, demanda. Su privilegiada inteligencia misma, envuelta quedaría entre el laberinto de reformas que, el «Manifiesto» arizagueño puntualiza. ¡Indelebles huellas son del tiempo corrido! . . . El «sacrificio» del Señor postulante, con esa, indefinida, lacrimosa, narración de desórdenes patrios: ¿reformularlos pretende?: lo que imposible sería al genio y poderío garcianos. . . . ¡Mezquina presunción! Dígnese escuchar el Señor postulante: «No te alces en el pensamiento de tu corazón como un toro: no acontezca que sea estrellada tu fuerza por tu locura», dice Dios. *De relieve* queda, pues, *la locura política* del Señor postulante conservador. Que sea, estrellada la fuerza conservadora—claro está, desde 1895 a la fecha; lo de hoy, planteado está el problema. . . .

«Por demás estaría aquí una declaración de principios».

Bochornosa, avergonzante, criminal con exceso, sería la *repetición* de los principios que caracterizan—*El catolicismo liberal*—del Señor postulante presidencial. Sería: nuevamente *ignominiar*, Iglesia, y Patria, ecuatorianas juntamente.

XV

Para qué enumerar, ni recordar siquiera ese conjunto de aberraciones y disparatorios políticos; ese conjunto, de impíos, criminales, errores religiosos; ¿a qué? . . . En confuso asinamiento, ahí, están en la—«Manifestación Azuaya»—del Directorio conservador. En este, figura ya como presidente, ya como vocal, el Señor postulante dicho.

Para qué recordar; aquello mismo que, en desparrano sin igual, aglomerado está en la tal «Manifestación». Para qué, enumerar lo que publicado tiene, y, sus páginas registran: unidad de partido—variación de la forma republicana—servir a cualquier Gobierno, aunque fuera neroniano, por la mejor remuneración—*autonomía* de municipios—y, más sandeces, o disparatorios políticos.

Para qué enumerar lo de: presidencia de religión, en el régimen y gobierno, nacionales—*rebelión contra la autoridad constituida*, por el quebrantamiento de cualquiera ley—*contienda armada, hasta derramar sangre hermana, con compasión—autoritativa* predicación de la verdad católica a las masas populares con el Evangelio en la una mano, y el pan en la otra, &, &. ¿A qué fin repetir lo que publicado está? Preseñando de los errores, políticos, sociales y económicos, de la tal «Manifestación Azuaya».

¿Puede darse, acaso, más calcitrante liberalismo? Ni el protestante Lutero—ni el jacobino Robespier—ni el apóstata Vigil; propalaron, desde un principio; tanto error religioso, en conjunto—a la vez: ¡Espantoso—nucleo de impiedad—de rebelión contra la doctrina de Jesucristo, de sus apóstoles, contra la enseñanza Pontificia Romana!!

El postulante presidencial conservador, no se ha retractado de este mar inmenso de errores, que la Religión Católica condena. Por tanto.

¡Calcitrante liberal es!!—El Sr. Dr. Dn. Rafael María Arízaga,

XVI

El Señor en su indignación, dice: Conservatismo Ecuatoriano—rompiste el yugo de mi ley; pisoteada tienes la doctrina, de mis Apóstoles, de mis Vicarios, los Pontífices Romanos: «los cantares de tu lira, no los oiré».

Falscando mi doctrina; Me has hecho servir a tus iniquidades revolucionarias; *has mutado a* mi pueblo en los campos de batalla, buscando tu gloria y no la mía; te has reorganizado, como invencible falange macedónica: ¡sabe! Yó, *te he destruido*—¡sabe! «Y pisé con mi poder los corazones de los grandes y de los pequeños» ¡¡¡Sabe!!! En efecto.

El Conservatismo: ¡¡pisoteado está!! Hace cuatro años—proclamó candidato presidencial al impío, blasfemo, Dr Tobar. Hoy, con inusitado furor, proclama también—candidato presidencial—*al calcitrante liberal*—Sr. Dr. Arízaga. *Pisado y ciego*: tiene al Conservatismo la indignación del Señor. Apagada la luz de su razón; comprender no le es dado el obstinado menosprecio con que, años há infringe la divina ley; desprecio, que arranca—al Rey de cielos y tierra—la sentida, amarga queja: «¡y en todos busqué reposo!!»

XVII

La vara de hierro: allá, en el viejo mundo, más enloquecida que al principio de la contienda mundial, con inusitado furor azota a las naciones en castigo de su criminal impiedad. El Señor de los Ejércitos, Jesuista, árbitro de la guerra, sabrá en sus inescrutables, misteriosos arcanos; sabrá, a quien el triunfo de las armas concede, ¿Y: aquí en el Ecuador?....

XVIII

Con aterrante fiereza, sigue también azotando, porque: en esta desventurada nación, no existe—*heredad política*—para el Señor. ¿Morará, acaso, en el liberalismo, campo enrojecido con la sangre de hermanos? ¿Morará en el vasto e inmenso, del Conservatismo; campo, siempre, siempre, cubierto de mala hierba, de errores sociales, políticos, religiosos, revolucionarios; saturado también de sangre hermana? No por cierto: uno y otro, en manera alguna, pueden ser la heredad del Señor.

Siendo así: ¿en dónde morará? . . . ¿Abandonará para siempre al infeliz Ecuador en sus necios desvaríos? . . . ¿Abandonará, hasta que retorne a su primitivo origen de tribus salvajes tan sólo? ¡¡¡No!!!

Al Señor obedecen: con igual sumisión y fidelidad—las cosas que son, como las que no son—las que existen, como las que no existen. Cuando plazca a la infinita munificencia del Señor: en obediencia—a su irresistible, omnipotente Voz:

i Derrepente!! aparecerá en el escenario ecuatoriano—*El Partido Político de la Juventud Católica*. Partido, genuinamente religioso—con la fe de Jesucristo, predicada y sostenida por los Apóstoles, y Sumos Pontífices Romanos: Partido—inofensivo a todos. A éste, dirá el Señor:

No existías: Yo: te he congregado—te he formado: eres obra de mis manos—mi propia heredad. *Te cuidaré con amor*. No temas: los monstruos de las selvas, no te dañarán. ¡¡¡Observa mi ley!!! *En esta mi heredad moraré*: «et in hereditate domini morabor». Inter tanto,

XIX

Allá, en el viejo mundo: la vara de hierro, ciegameamente, castiga a las naciones impías, sin que Jesucristo ultrajado en la—Hostia Santa—dejara, hasta hoy, vislumbrar un rayo siquiera de su Infinita Misericordia. Naciones, impías, sacrílegas;—que, bajo las aguas de los mares—con lluvias y nevadas en la tierra—en los valles y elevadas cimas, de día y de noche, sin tregua alguna, arden y se consumen: licual vil pavezza, soplada por la cólera divina!! No así en el Ecuador.

Eloy Alfaro: pisotó, *arrastró*, a la Hostia Santa, en Riobamba, y, premió a sus sayones. Crimen, *de lesa divinidad*; ¡quedar impúgne no podía!: grandes y pequeños, criminales fueron. Por esto.

En el mayor auje de su poderío—en medio de su victorioso ejército—en medio de su corte, que hasta asfixiarlo con vanas ilusiones le inciensaba. Alfaro: vil arista, arrastrado por el soplo del Señor—*de su trono ¡cayó!* Sin embargo: su criminalidad, con misericordia fué castigada, el 11 de Agosto. Instrumento de la divina misericordia—el Sr. General Plaza: en altas horas de la noche, liberta al *sacrílego* de la ira popular, que lincharlo anhelaba.

Lejos de la República Alfaro: fraguó, obstinadamente, desde Panamá, la revolución de Montero, en Guayaquil. Entonces. El Señor, puso la vara de hierro en manos de su Ministro, para castigar el *sacrílego arrastre* del Rey de cielos y tierra—la Hostia Santa, en Riobamba. Y: el General Plaza—*desenvainó su espada!*—sin advertir siquiera su misión divina. Por grados—y, *a la par*; van, el castigo de los sacrílegos—y la misericordia del Dios de amor

Infinito. Para esto. Juscristo—Dios Eterno: *popla*, infunde, en el corazón de su Ministro el espíritu, de tino, prudencia, *fortaleza y compasión*.—Huigra.

Allí, está encastillado en Huigra; el ejército, poderoso, veterano y aguerrido, de los rebeldes *merflegos*. Plaza detiene sus *colecticias* huestes, frente al enemigo, dando lugar al arrepentimiento, y, deposición de las armas. La obstinada ceguera de los impíos rompe los fuegos; entonces, el Ministro de Dios, vibrando su espada: ordena el ataque; y, como herido por un rayo; triturado quedó el ejército rebelde. ¡Horripilante campo de Huigra!!...; saturado de sangre hermana, cubierto de cadáveres insepultos, sin cuento. Presidió pues, la divina misericordia. Su justicia: ha principiado!!....

Se ha dicho; que el General en Jefe—director de la guerra—Plaza, no estuvo *personalmente*, en el combate; que las glorias del triunfo corresponden al subalterno, General Andrade. Las glorias del poeta, no se las lleva nunca la mano que sus inspiraciones escribe, instrumento es y nada más. Corresponden al *Ministro de Dios*;.... que, con *prudencia y tino*, lo conveniente ordenó, para el combate, a que brille en Huigra la justicia divina, humillando a los impíos.

La misericordia divina no falta, ni aún, a los más grandes criminales: «no quiero la muerte del impío, sino, que se convierta y viva», dice. *La Vara de hierro*, muy fuertemente, azotó en Huigra; pero, no pulverizó a los sacerdotes criminales; triturándoles tan sólo, dejósles con vida. Enorgullecidos por esto: sin recordar siquiera, que en sus mochilas cargan el crimen—*de lesa divinidad*—riobambeña. Ciegos de furor, obstinadamente rebeldes: preparan la

formidable celada de Naranjito; el Ministro de Dios—Plaza—*en persona*: levantó su espada, azotó al criminal con *vara de hierro*, lo humilló, y: ¡¡pasa!!...—Yaguachi.

Bien posesionado, bien atrincherado en territorio propio, espera todo el ejército rebelde. Ejército, bien conservado, militarmente bien armado, sin fatiga alguna, fuerte y sereno, veterano, vencedor en cien combates con jefes y generales laureados en las múltiples guerras intestinas de la Patria. El triunfo de autemano lo celebra en el campamento de Yaguachi—teatro de sus glorias, *que espera*... ¿A quién espera?... Al colecticio ejército del *ministro de Dios*—Plaza: ejército extenuado de cansancio en la refriega de Huigra; fatigado con marchas forzadas, no interrumpidas: ¡pobre ejército!...

El espíritu de Dios: *inspira, cuando quiere, donde quiere, como quiere*. Fortaleza y compasión, e inaudito coraje inspiró en el corazón de su *Ministro*; y, allá, en el interior del pecho le dijo: ¡¡adelante!!... *azota con furia al criminal*: ¡¡contigo estoy!!... ¡¡Soy—el Rey de los reyes—arrastrado en Riobamba: ¡¡adelante!!!...

Al recuerdo del combate de Yaguachi: el alma llora, y, llora sangre; el corazón, de dolor, en el pecho ¡muerto queda!... Triunfante el Sr. General Plaza, en vista de tan horripilante hecatombe, dice. La sangre que corre, los innumerables cadáveres insepultos, le entristecen mi alma!: *¡¡no derramo más sangre de hermanos!!* y, *Ofrece la pax*—a los rebeldes sacrílegos encastillados en la ciudad de Guayaquil, después de la derrota. No aceptan: ¡rechazan la misericordia divina! Entonces: El *Rey de reyes*—El arrastrado en Riobamba—dice: «moriréis en vuestro pecado». A la misericordia—

¡Digo el castigo.... ¿Quién resiste a la voluntad de Dios?: ¡Adelante, dice, a Guayaquil!... ¡Tráede a los sacrílegos rebeldes!! Yo: ¡influndiré terror en el corazón de los perversos!!

¡Echada en alto, *reluciente de gloria*, por el deber cumplido; entra en Guayaquil el Ministro de Dios. Los criminales sacrílegos, cual aterridas liebres por el cazador que las persigue; desampavoridas huyen, a ocultarse en sus madrigueras. El gran sacrílego, premiado a sus *sajones*: *Eloy Alfaro*—Montero, instrumento del mismo, y, general en jefe de la espantosa revolución, y, más criminales de elevada categoría. Temblando de espanto, ante el Ministro del Rey Supremo están; pues que, de sus madrigueras arrancados fueron. Colmaron la medida: sonó la hora de la divina justicia: ¡¡¡no hay perdón!!!....

Compasivamente, Plaza, pretende observar las fórmulas ordinarias del juzgamiento humano: ¡vana pretensión!!... A Montero: Jesucristo arrastrado en Riobamba; ¡¡*¡ile juzga!*! Sopla el furor de su indignación en el pueblo y ejército guayaquileños, y: cual mar en desencadenada tormenta braman, y sus oleajes llegan al tribunal del juzgamiento mismo. El Ministro del Señor, Plaza—*movido a compasión*, vanamente, *cubre con su cuerpo al criminal Montero*. El pueblo, *mata al criminal*, arrastra su cadáver, y ¡lo quema!... Ni una gota de la sangre de Montero, empaña la *limpida espada* de Plaza. El Rey Supremo juzgó, al criminal: *su justicia es infalible, verdadera*: «en sí mismo se justifica», David.—Arrastre del sacrílego Alfaro, y, demás Generales, cómplices en el crimen de *Lesu Divinidad*.

El ministro del Rey Supremo—Plaza: *ordenó el juzgamiento* de los presos en el teatro de

sus últimos crímenes, en Guayaquil. Con tenaz insistencia se denegó a la remisión de ellos a la Capital. No siéndole posible, conseguir la no remisión; los dejó en manos del Gobierno *en Guayaquil*. Y, en cumplimiento de sus deberes de General en Jefe, *Director* de la guerra; marchó a la pacificación de Manabí.—Arrastro.

La mano de Dios, pesaba sobre los sacrílegos sin levantarse un instante siquiera. Y: a ese híbrido Gobierno, nacido de la revolución, del 11 de Agosto, compuesto tan sólo de débiles liberales y conservadores; Dios infundió *valor y energía*. Ordenó, pues, la remisión de los presos a la Capital; y, los presos llegaron al Panóptico de Quito. Aquí: la Omnipotente Mano que, custodiando, ilesos condujo a los malhechores; derramó coraje, e—*indignación*—en el ejército mismo del Sacrílego Alfaro, y, en el paciente y aguerrido pueblo quitense. Estos, *victimaron, arrastraron y quemaron* a los *sacrílegos*. ¡Nefasto día, que borrado debería ser de la historia patria!!Esta sangre:

Del 28 de Enero: ¿puede una gota siquiera empañar el vívido brillo de la espada de Plaza—Ministro del Supremo Rey— para *el castigo de criminales, y pacificación de la República?* Así verar lo contrario: sería *monstruosa, execrable calumnia!!*; pues que, todo consta de documentación que la prensa ha publicado. Pero se dice: todo fue solamente figto—en Plaza. ¿Y, esto qué? De lo interno—*Solo Dios—ni la Iglesia juzgar puede*.—Cinco de Marzo.

A Julio César, conquistador de las Galias: un torpe Cónsul, Marcelo, despojarle de sus glorias militares pretendió. Fiel su ejército en ello no convino; y, con su sangre sostenerlo juró. César, patriota verdadero, la ruina de la

República vé, y dice al Cónsul. Dejádme tan sólo dos legiones y un pequeño territorio, las Galias Cisalpinas. Mis inmensas conquistas, ahí están, las dejo; yó, sabré apaciguar mis legiones. La torpeza de Marcelo, no convino. César pasó el *Rubicón*; y . . .

La gloria militar del Sr. General Plaza, en Marzo, *como hoy*, rival no tiene en la República. La torpeza de Marcelo—*el híbrido Gobierno* de entonces: trató de despojarle de sus glorias. Paciente, acepta un Ministerio, que no fue *el de la guerra*. Indignado su victorioso ejército: *Jefe Supremo* proclamó al General, bajo cuya espada, de triunfo en triunfo conducido, de laureles coronado se está. Marcelo, a fin de consolidar *el criminal despojo*, y, prescindir aún del General Jefe del ejército, Plaza: se atrincheró en el cuartel de Policía. Éste, en torbellina confusión, y, fiel a su General: *abalea* al torpe Marcelo—*el híbrido Gobierno* del Dr. Zaldumbide. Durante la refriega: el General Andrade, sale de su escondite, *viste en mano*, a contener el incendio: una bala le mata!—*sin ser dirigida intencionalmente. Aquí, el dedo de Dios: que señala al culpable*—aunque, en los abismos del mar, o en las entrañas de la tierra se ocultara. Sin el *meritísimo* General Andrade: *¡el torpe Marcelo!*, a nada se hubiera atrevido!; la paz nacional, sin alteración alguna se habría conservado.

El espíritu subversivo y las elevadas aspiraciones del General difunto: a luz clara se patentizaron en los partes oficiales al Gobierno, comunicando el triunfo en Huigra, atribuyendo a su pericia tan sólo el resultado del combate, con total prescindencia del Director de la guerra, por cuanto presente no estuvo en la refriega. ¿Por ventura, el Kaiser dispara los ca-

ñones, en Francia, Rusia, Polonia? . . . Subversión ambiciosa, premeditada revelan también las cartas de la víctima al hijo, cartas incautamente publicadas, que confirman todo. Por esto: en sus inescrutables decretos, dijo el Supremo Rey: ¡iperezca el que *devorar a mi pueblo pretende!*; mi pueblo—¡viva!. . . El Ministro del Señor: no pasó el Rubicón, como César; antes bien.

Con *fortaleza y con pasión*, verdaderamente inspiradas: apaciguó a su indignado ejército, arrancó de su cólera al híbrido Gobierno, y, *lo salvó*. La Constitución; que por algunas horas, en ciego furor el ejército pisoteó: la levantó del suelo el Ministro del Señor—Plaza: colócala en la punta de su espada, y—en alto: la declara vigente!! La República ecuatoriana, *¡vive!* Julio César, imató la Romana!... La sangre del General Andrade: ¡baldón eterno se, *al torpe, híbrido Gobierno*, del 5 de Marzo!! Demandarla deben, liberales y conservadores, a la *justicia divina*—del Rey Inmortal: que en su indignación—con sangre castiga—*el sacrílego arrastre*—en Riobamba. Cinco de Marzo: ¡inmarcesible gloria es!!—para el Ministro del Señor—Pues que:

Con *vaca de hierro*; fuertemente vapuleó, en fiel cumplimiento de su sagrada misión, a ese híbrido Gobierno *revolucionario*—criminal amalgama de liberales y conservadores; instrumento tan sólo sí, para el castigo del sacrílego Alfaro y sus áulicos. *Llenado el castigo*; lejos, muy lejos, arrojó el Señor el tal instrumento. *La elevada misión* del Sr. General Plaza es: *pacificar la República, extirpando la revolución*; y, con *vaca de hierro*—*triturar* la cabeza de la hidra, ¡en donde apareciere!—Insurrección Conchista.

¡Salvaje revolución!: sin principio alguno, ni ligeramente racional; basada tan sólo en la *penitencia de la sangre* de Alfaro y de sus súbditos, victimados en la indignación divina, a *causa del arrastre del Rey de reyes*—la Hostia Santa—en Riobamba. ¡Qué!!.... ¿impugne debita quedar este monstruoso crimen *de lesa divinidad?* Primordial deber es del Ministro del Señor—General Plaza: *extirpar* esta revolución—*ignominia, ruina* de la Patria!—y las uñas que aparecieren; a tal fin, ha puesto en sus manos el Señor la Vara de hierro, la espada de la justicia: «non in vanum gladium Dei portat»—no en vano lleva la espada.—Celadas.

El derecho internacional, primitivo y consuetudinario, legalizadas tiene las celadas armadas, aún, contra legítimos beligerantes; tanto más contra incorregibles, contumaces, revolucionarios. ¿Cómo cazar panteras, entre bosques, matorrales, hendiduras de rocas y poblados; cuando, perseguidos en sus madrigueras se ocultan? A cuerpo descubierto: ¡del cazador las fieras huyen! ¿Empañará la banda presidencial la sangre criminal de los infelices, *Valles y lastré?* La sangre de *criminales revolucionarios*:

Desde los campos de batalla, y misteriosas guardadas, reflejará, *perpetua gloria y esplendor* en la banda presidencial, del Ministro del Rey Supremo—el Sr. General Plaza. Y: envainará su espada, radiante, limpia de sangre, *ilegalmente*, derramada; adornado el puño, sí: con las joyas de valor inestimable—el *deber cumplido*—el *sostenimiento del principio de Autoridad*—cuyo brillo durará: ¡mientras el Ecuador exista!; ¡mientras su Historia en los siglos no desaparezca!!

El suscrito: envuelto ya, en muy oscuro crepúsculo de la tarde, término de su existencia. Protesta: que, absolutamente, ninguna relación tiene con el Sr. General Plaza, Presidente Constitucional.—Basta: es necesario concluir.

XX

Se dice: el General Plaza, es—*consumado radical*. ¡Y qué! . . . ¿Saulo, no fue, rabioso delirante perseguidor de la Iglesia? . . . ¿Constantino, no fue, consumado poderoso pagano?...

Conservadores: ¡¡tened juicio!!! . . . No sea que: en el colmo de su indignación divina:

El Rey de los reyes—el Señor de las naciones—Jesucristo: en la *Vara de hierro* de su Ministro marque: ¡¡Dictadura!!! . . .—

Miguel Ortega Alcozer,

Presbítero—católico, apostólico, romano,

Cuenca, Diciembre 2 de 1915.

